

LA CULTURA EN LOS NUEVOS PROCESOS DEL DESARROLLO HUMANO

Diego Carrasco

¿Es posible pensar el desarrollo aún? La categoría de desarrollo es connatural al capitalismo y a la modernidad. Y más particularmente fueron los siglos XIX y XX los que vieron el avance incontenible de esta idea del “desarrollo” como una meta a alcanzar con límites indefinibles, que auguraba arropar a todos quienes estuvieran dispuestos a entrar en su lógica, en un supuesto e interminable proceso de bienestar para la humanidad.

Las nuevas tecnologías, el ilimitado desarrollo de la ciencia – que nunca vio demarcación ética, de sostenibilidad o de moral en sus afanes – la concepción depredadora y extractivista de la economía, sin mencionar las oprobiosas condiciones de explotación de unos por otros que promovió la modernidad: hombres sobre hombres, naciones sobre naciones, neocolonialismo, además del insultante desprecio de toda otra forma de conocimiento o saber que no fuese el encarnado en la perspectiva cientificista – racionalista, **conformaron en realidad un paradigma insostenible**, que no solo provocó las peores guerras que la humanidad ha vivido, sino además la más seria crisis ecológica de la historia humana: una debacle en la naturaleza y en los propios ecosistemas sociales, ha desnudado la realidad de un modelo impracticable en el planeta y que sin dudas, pone en riesgo la subsistencia y viabilidad de la especie humana.

Sin embargo, esta modernidad también promovió como nunca antes, el avance de las tecnologías de la comunicación, la producción y circulación cultural, simbólica y artística; la igualdad de derechos, las llamadas grandes revoluciones democráticas que, desgraciadamente, fueron sistemáticamente traicionadas y convertidas en instrumentos de dominación.

La crisis de esta modernidad y su humanismo, agudizada tras las guerras mundiales en las que se asesinaron a más de cien millones de personas, fue primero evidenciada por Heidegger en su Carta sobre el humanismo¹ y había sido anticipada desde el siglo XIX por el marxismo y el existencialismo. Esta hecatombe de la modernidad genera lo que desde los años 60 del siglo veinte, empezamos a llamar POSTMODERNIDAD con todas sus derivaciones, incluidas las desorbitadas posiciones de quienes anunciaban el fin de la historia para promover al capitalismo imperialista globalizado como forma

¹ Peter Sloterdijk sostiene en su Reglas para el parque humano, que fue Heidegger quien inauguró el pensamiento contemporáneo con su Carta sobre el humanismo, escrita en el otoño de 1946.

final más acabada y única del desarrollo. Por supuesto, como el mismo Heidegger señala, debía haberse enunciado lo occidental desde una perspectiva solo válida para occidente, no útil para todos como se ha entendido, sino como forma de individuación de lo occidental que, asumido erróneamente, condujo a todas las formas perversas del coloniaje por pensar esta forma cultural como superior ante las otras, desviándola de su sentido de identidad, puesto que Europa siempre se vio como una cultura final y definitiva.

Esta postmodernidad delineó los límites, y también los alcances culturales del paradigma moderno, invariable desde su cénit iniciado en 1789, con un irónico y absurdo devenir: la postmodernidad misma puede ser asumida – en muchos de sus aspectos – como la forma cultural y conceptual que asumió el neoliberalismo de la segunda mitad del siglo XX, es decir, constituir apenas una forma más de la modernidad, de ninguna manera su superación o una apuesta nueva, en tanto no provee de una praxis distinta a la de la modernidad, solo se limita a criticarla, agudamente, pero solo la desmenuza, afirmando con ello el acierto de Ken Wilber respecto a que la postmodernidad tiene en su núcleo propositivo una contradicción performática que la hace imposible de ejecutar.

Pero, tras las guerras mundiales, sectores marginales de la intelectualidad lúcida, de los científicos conscientes y líderes espirituales, estructuran otras formas de pensar que difícilmente pueden subsumirse en las perspectivas postmodernas. Ideas que advierten del colapso de la especie y la ecología, como antes enunciamos; que hablan sobre la imposibilidad de mantener cualquier esquema económico productivo sustentado en la extracción de recursos y en la explotación del hombre por el hombre; propuestas que muestran la inviabilidad de economías basadas en el consumo y las ficciones financieras; incluso, los hay, quienes exigen la desaparición de las formas de Estado erigidas en innecesarias visiones de soberanía nacional cuando los problemas que se viven son planetarios: el mismo Heidegger sostiene que todo nacionalismo es subjetivismo mientras los problemas que el mundo afronta son objetivos. Por tanto las formas de soberanía deben ser rendidas a principios superiores como el respeto a la vida, la diversidad natural y cultural, la naturaleza como objeto y sujeto de derechos, y la generación de hábitats más equilibrados y armónicos para todas las especies, y para el mundo.

Muchos de estos pensadores han encontrado referentes culturales nuevos, diferentes y altamente desarrollados, en otras fuentes como los pueblos originarios de varias partes del mundo que ofrecen visiones y mecanismos disímiles a los de occidente, para apropiarse de la realidad y el entorno (social o natural): José María Arguedas afirmaba que los pueblos de América no seremos capaces de pensar el desarrollo de nuestra naciones, mientras no resolvamos la contradicción fundamental entre la forma de vida occidental, sustentada en una relación individualista con el mundo, y la que

propugnan nuestros pueblos originarios, basada en una perspectiva comunitaria de la vida, que incluye a la Pachamama como parte de dicha comunidad.

Y es de estas fuentes que nacen propuestas en construcción hoy, como el Sumak Kawsay entendido como una visión contemporánea y propia de construir y asumir el devenir, el futuro, el “desarrollo” si el término cabe. No nos compete analizar su validez, al menos no ahora, sino simplemente enunciar que ante el fracaso de los humanismos, de la modernidad y su desarrollo, América muestra – quizás por primera vez – una alteridad al devenir capitalista occidental, encarnado entre otros en el Sumak Kawsay, sustento filosófico de lo que en Ecuador se ha denominado como Revolución Ciudadana.

En la contemporaneidad se advierte el colapso de las naciones hegemónicas, la emergencia de economías nuevas bajo los mismos parámetros de “desarrollo” (China, India, Brasil, Rusia) que solo han complicado las ya difíciles condiciones de la economía, la ecología y los mercados globales; la galopante crisis europea, cimeramente representada en la situación de Grecia, Irlanda, España o Portugal, nos enfrentan a una sola realidad: es imprescindible que los paradigmas sobre lo que es el verdadero desarrollo del ser humano, deban ser revisados, actualizados y sobre todo, responsablemente asumidos con miras a darle viabilidad a la raza humana sobre el planeta que, bajo el modelo actual, ha llegado al límite de la expoliación de sus recursos. Y en esa revisión de los paradigmas que sostienen a las naciones actuales, la cultura deberá jugar un papel preponderante.

No podemos dejar de mirar el impresionante desarrollo tecnológico del cual el ser humano dispone. Desarrollo tecnológico que ha creado nuevas realidades en el ámbito de la cultura, de la ciencia, del arte. No en vano pensadores como Jean Baudrillard, asumen que ya no asistimos al devenir cultural mismo, sino al simulacro de la cultura, que de la mano de este desarrollo tecnológico, estructura espacios virtuales de vida cultural y social irreales, en los cuales el espectáculo, la simulación y la fascinación por la tecnología, aparecen similares al papel hegemónico e imperialista que en épocas pasadas tuvieron las religiones sobre la vida social, con iguales halos de misterio, exclusivismo y segregación para quienes no tienen acceso a estos recursos.

Sin embargo, a diferencia de Baudrillard, creemos que en estas nuevas tecnologías y su virtualidad ha comenzado a transitar la cultura y la sociedad. Cada vez mayor cantidad de pensadores, de artistas, de políticos y de procesos sociales reales, pasan por ellas. Es impensable el arte contemporáneo sin considerar los nuevos soportes tecnológicos en los que ahora se expresa, como sería imposible pensar fenómenos políticos como el de los “forajidos” en Ecuador, la Primavera Árabe en el norte de África y el Medio Oriente, o la más reciente ola de “indignados” en Nueva York o Europa, sin el peso que en ellas han tenido las formas de comunicación que ahora nos ofrecen las tecnologías. No solo estamos ante nuevas formas del arte y la cultura, sino

ante nuevos y reales actores sociales y políticos nacidos de la mano de las innovaciones técnicas, lo cual estructura otros y complejos universos culturales, sociales, comunicacionales y políticos.

América Latina, sin embargo, ha escapado “milagrosamente” para unos de este sino de los tiempos. Asumiendo que acá las crisis se desataron en las décadas anteriores, que construimos la región del planeta que aún es la más inequitativa en cuanto a distribución de la riqueza, que fuimos salvajemente usados por todas las necesidades opresoras y extractivistas de las metrópolis hegemónicas; no solamente hemos evadido la crisis actual sino que, desde la subalternidad, desde la periferia, desde el reconocimiento de nuestras heridas y nuestras fortalezas, hemos comenzado a andar derroteros propios, a despecho de las teorías tradicionales y ortodoxas de la economía, que están mejorando sustancialmente los niveles de vida, la riqueza, la conservación de los recursos, la potenciación de los intelectos, como nunca antes en la historia, tal es el caso de nuestro Ecuador. Ciertamente es que nuestros modelos aún apuntan, en la práctica, a formas de bienestar similares a las del capitalismo que se cuestiona – recuérdese, como dicen Don Beck y Cris Cowan², que toda nueva época tiene mucho de la anterior como es lógico – o que aún no resolvemos cómo profundizar nuestra propia visión, sin lesionar lo que la humanidad ha conseguido en términos de derechos y libertades. Pero, no es menos cierto que también en lo cultural el mapa del mundo requiere cada vez más de pasar por nuestro suelo y nuestras realidades. Son los pensadores, los artistas, los creadores y gestores de acá, de Latinoamérica, quienes en más de un aspecto marcan desde ya los derroteros.

Bajo lo expuesto, es imprescindible generar nuevas ideas, nuevas formas de relación y de vida, nuevos paradigmas en definitiva, que abarquen a los individuos, a las organizaciones de individuos y a las sociedades en su conjunto. Y, estamos convencidos, que en este camino hacia superar los acuciantes y angustiantes problemas que enfrentamos, la cultura tiene un papel fundamental como portadora de unidades de lo más precioso del conocimiento humano y de lo mejor de los principios y valores de esa humanidad, en favor del mundo y el planeta.

Pensar entonces en la necesidad de una nueva estructura de las relaciones culturales, ante los nuevos paradigmas en construcción, es parte del devenir al que – no sin tropiezos – nos vamos encaminando.

Dentro de este panorama Cuenca, asumió, el reto de organizar este VIII Campus Euroamericano de Cooperación Cultural, consciente de la necesidad de promover escenarios diferentes para la cultura, que estén acordes a las realidades sociales, políticas, económicas, tecnológicas que el mundo enfrenta. La visión de Cuenca ciudad de las ciencias, el conocimiento y los saberes, detentada por el Alcalde de la

² BECK, Don y COWAN, Christopher. DINÁMICA ESPIRAL. Edición digital.



ciudad de Cuenca, exige un cambio radical en el proceso cultural de la urbe uno de cuyos hitos este Campus.

Este Campus, el cuarto en realizarse en América Latina y el primero en desarrollarse en la costa del Pacífico de Sudamérica, tiene como reto fundamental mostrar cómo la cultura, su evolución, el peso que esta tiene en el acontecer social, será seguramente el nuevo indicador de desarrollo a ser considerado a futuro. Y por supuesto, redefiniendo a la cultura misma. Ciertamente es que las perspectivas antropológicas que se asumen para definir la cultura, la convierten en un ente, casi una entelequia a ratos, que atraviesa todo. Que vista por ese prisma, nada es ajeno a la cultura y todo lo que hacemos tiñe y define a la cultura. Pero ¿es posible, real y sobre todo funcional una definición así de cultura? En otras palabras ¿si la cultura es toda actividad humana, debe existir alguien o algún ente que se ocupe de ella? o ¿pasa a ser nada más que un motivo presente en el subconsciente de todos?

Para ello creo necesario comprender que, amén de sus definiciones imposibles para el hacer, la cultura y la identidad se ejercen más que definirse. La Cultura debe ser desterrada del camino sinuoso y desleal de la prosa y la descripción para entenderse, por sobre todo como una DRAMATURGIA.

Etimológicamente DRAMATURGIA significaría tejido de acciones. Y acción no es más que un hacer ocurrido en un contexto determinado y con una intencionalidad específica, consciente o inconsciente. En otras palabras, es momento de comprender a la cultura como los hechos, los haceres, las acciones reales que cometemos culturalmente – dentro de lo cual está la reflexión y el pensar humanos – encadenados, tejidos, en un diseño específico que responde a una cantidad considerable de contextos, en los cuales ese hacer, esa acción cultural sucede. Ahora bien, como ya anticipamos, la perspectiva DRAMATÚRGICA que esbozamos para comprender la cultura en adelante, además de ocurrir en un contexto, refiere intencionalidades precisas. De ahí la importancia de ubicar la cultura en los nuevos paradigmas que el desarrollo está planteando desde América.

El hacer cultural, la DRAMATURGIA cultural que esbozamos no es más la perspectiva Arielista que dio surgimiento al criollismo tan en boga a fines del siglo XIX e inicios del veinte, que seguía teniendo como sino y fin la cultura europea. Ni es la perspectiva marxista que deambuló por décadas en nuestras mentes, análisis y productos culturales desde los años sesenta en adelante, que no era sino otro producto más de la modernidad, en tanto, a nuestro parecer nacía del mismo eje cientificista – racionalista que destila la modernidad. Y menos aún podemos afiliar la propuesta del mundo cultural ajeno a los demás contextos, nacida de una errónea perspectiva de los preceptos kantianos, pero otra vez, de nación y noción europea occidental. Volviendo a Heidegger, como ya señalamos, no es que rechacemos lo occidental dentro de lo cual vivimos hace ya cinco siglos, sino apenas que debe ser entendido como un

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

sentido de individuación de naciones y grupos humanos que así se definen, no como opuesto a nada, a lo oriental o lo indígena por ejemplo, sino como un simple sentido de identidad. En esa misma perspectiva, es hora de que construyamos y hagamos propios sentidos de cultura, que están evidentes en las acciones culturales que cometemos. Es proponer un razonamiento, un ser y unos hechos culturales reconocidos y aceptados como los que están, los que ocurren y son esos lo que debemos fomentar. No es más la idea de conducir, embaular, llevar la cultura hacia un determinado fin. No es pretenderla lo que no es. Es asumirla en sus acciones, en lo que esta está produciendo. Y, entonces, el punto decisivo es entender que toda acción para ser tal tiene una intencionalidad, no es hecha en la nada y para nada. Para exponerlo de otro modo, entender la noción de cultura que proponemos en este momento, de forma tal que resulte útil al desarrollo de la cultura misma, implica sacarla de esa vaguedad definitoria a la que hemos conducido al término cultura que es todo y es nada a la vez, para llevarla al plano de las acciones, de los hechos culturales, que suceden dentro de un contexto y con una intencionalidad específica, aunque esta no sea expresa y consciente muchas veces.

Por ello, entonces, pensar los nuevos procesos del desarrollo humano, que desde América Latina se están proponiendo, desde la lógica de la DRAMATURGIA cultural que proponemos, no es sino primero y ante todo reconocer que hay nuevos contextos e intencionalidades en el devenir cultural de nuestros pueblos y en el sobrevenir mismo de nuestros pueblos. Pero sobre todo y por encima de todo, que estamos construyendo nuevos referentes culturales, nacidos de esos nuevos contextos y esas nuevas intencionalidades, que ya no tienen como referentes a lo occidental, lo europeo, ni a las reduccionistas visiones de lo propio, lo indígena o lo criollo, sino al verdadero ser de nuestros países que tras perspectivas tan contemporáneas y abarcadoras como el Buen Vivir o Sumak Kawsay, están siendo estructuradas desde los hechos históricos.

Las opiniones manifestadas en este documento son responsabilidad de su autor, no reflejando necesariamente la opinión de las entidades organizadoras del VIII Campus, titulares de los derechos de reproducción, comunicación y distribución pública. Para una reproducción de los contenidos, solicitar autorización previa a info@campuseuroamericano.org.

